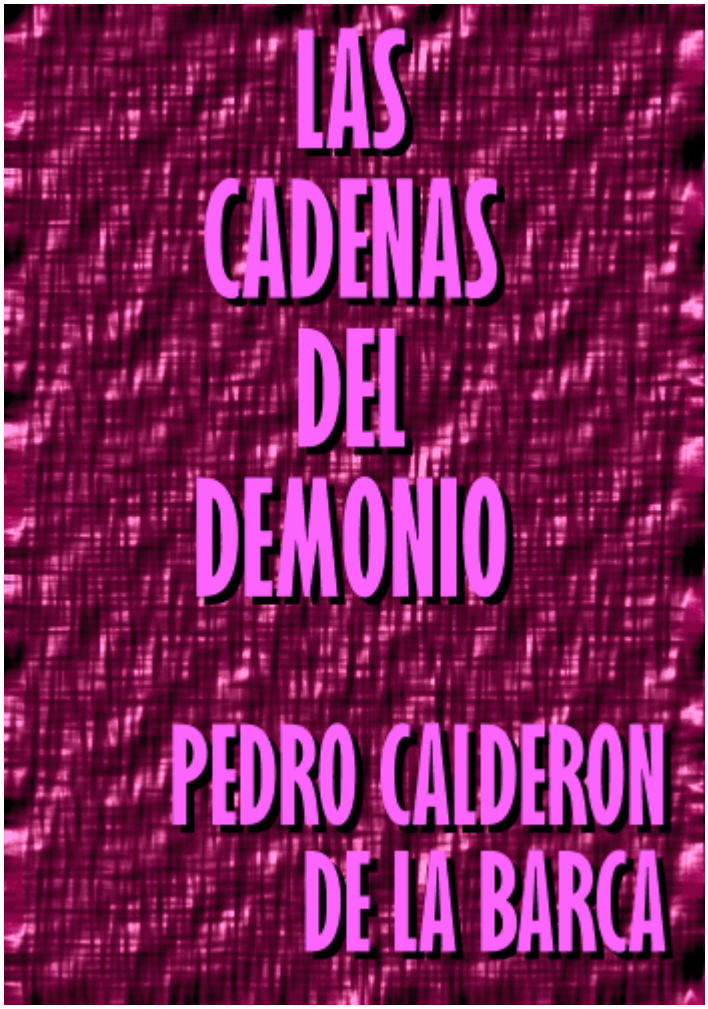
LIBRO dot.com

LAS CADENAS DEL DEMONIO

Pedro Calderón de la Barca



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Personas que hablan en ella:

- **San BARTOLOMÉ**
- **El REY Polemón**
- **LICANORO, príncipe**
- **CEUSIS, príncipe**
- **El DEMONIO**
- **Un SACERDOTE de Astarot**
- **LIRÓN, villano**
- **IRENE, hija del rey**
- **SILVIA, dama**
- **FLORA, dama**
- **LESBIA,villana**
- **CRIADO**
- **MÚSICOS**
- **CRIADOS**
- **GENTE**

PRIMER ACTO

Salen IRENE, y FLORA y SILVIA deteniéndola

IRENE: Dejadme las dos.
FLORA: Señora,
mira...
SILVIA: Oye...
FLORA: Advierte...
IRENE: ¿Qué tengo
de oír, advertir y mirar,
cuando miro, oigo y advierto
cuán desdichada he nacido,
sólo para ser ejemplo
del rencor de la Fortuna
y de la saña del tiempo?
Dejad, pues, que con mis manos,
ya que otras armas no tengo,
pedazos del corazón
arranque, o que de mi cuello,
sirviéndome ellas de lazo,
ataje el último aliento;
si ya es que, porque no queden
de tan mísero sujeto
ni aun cenizas que ser puedan
leves átomos del viento,
no queráis que al mar me arroje
desde ese altivo soberbio

homenaje, en fatal ruina
de la prisión que padezco.
SILVIA: ¡Sosiega!
FLORA: ¡Descansa!
SILVIA: ¡Espera!
IRENE: ¿Qué descanso, qué sosiego
ha de tener quien no tiene
ni esperanza de tenerlo?
SILVIA: El entendimiento sabe
moderar los sentimientos.
IRENE: Ésa es opinión errada;
que antes el entendimiento
aflige más cuanto más
discurre y piensa en los riesgos.
FLORA: Es verdad, pero también...
IRENE: No prosigas; que no quiero
desaprovechar mis iras
ahora en tus argumentos.
Dejadme sola, dejadme,
idos, idos de aquí presto.
FLORA: Dejémosla sola, pues
sabes que sólo es el medio
de su furor el dejarla.

Vanse FLORA y SILVIA

IRENE: Ya se han ido. Ahora, cielos,
han de entrar con vuestras luces
en cuenta mis sentimientos.
¿Qué delito cometí
contra vosotros naciendo,
que fue de un sepulcro a otro
pasar no más, cuando veo
que la fiera, el pez y el ave
gozan de los privilegios
del nacer, siendo su estancia
la tierra, el agua y el viento?
¿A qué fin, dioses, echasteis
a mal en mi nacimiento
un alma con sus potencias
y sus sentidos, haciendo
nueva enigma de la vida
gozarla y perderla, puesto
que la tengo y no la gozo,
o la gozo y no la tengo?
O son justas o injustas
vuestras deidades, es cierto;
si justas, ¿cómo no os mueve
la lástima de mis ruegos?
Y si son injustas, ¿cómo
las da adoración el pueblo?
Ved que por entrambas partes
os concluye el argumento.
Responded a él... pero no
respondáis; porque no quiero
deberos esa piedad,
por no llegar a deberos
nada que esté en vuestra mano,

y de vosotros apelo
a los infernales dioses,
a quien vida y alma ofrezco,
dando por la libertad
alma y vida.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Yo [la] acepto.
IRENE: ¿Quién eres, gallardo joven,
que, si las noticias creo
de pintados simulacros
que en algunos cuadros tengo,
viva copia eres de aquel
ídolo que en nuestro templo,
con el nombre de Astarot,
adora todo este reino,
cuya opinión acredita
haber penetrado el centro
de esta ignorada prisión
sobre las alas del viento?
DEMONIO: ¿Qué mucho que a él me parezca,
Irene, si soy el mesmo,
pues las doy a sus estatuas
alma, vida, voz y aliento?
Yo soy el dios de Astarot,
aquél a cuyo precepto
ilumina el sol, la luna
alumbra, los astros bellos
influyen, el cielo todo
se mueve y los elementos
en lid se conservan, siempre
amigos y siempre opuestos.
Yo soy el que en toda el Asia,
por los extraños portentos
de mis milagros, estoy
adorado, hallando a un tiempo
su amparo en mí el afligido
y su salud el enfermo.
Compadecido a tu llanto
y enternecido a tu ruego,
concurriendo a tus conjuros,
a darte libertad vengo.
Y aunque yo sepa la causa,
oírla de tu boca quiero,
porque caiga nuestro pacto
sobre mejor fundamento.
Dime, ¿qué quieres de mí?
IRENE: Tanto a tu voz me estremezco,
tanto a tu vista me asombro,
tanto a tu semblante tiemblo
que no sé si formar pueda
razones; mas oye atento.
Esta provincia de Asia,
a quien los que dividieron
el mundo dieron por nombre
inferior Armenia, imperio
es del grande Polemón,

de cuya corona y cetro
hija heredera nací,
si hubiese querido el cielo
que se midieran iguales
fortuna y merecimiento.
Quiso mi padre que hiciesen
juicio de mi nacimiento
sus sabios y en él hallaron
--¡de imaginarlo reviento!--
que había de ser mi vida
el más extraño, el más nuevo
prodigio de cuantos dio
la fama a guardar al tiempo;
pues de ella resultarían
para todo aqueste imperio
robos, muertes, disensiones,
bandos, tragedias, incendios,
lides, traiciones, insultos,
ruinas y escándalos, siendo
en oprobio de los dioses
el principal instrumento
de otra nueva ley de un dios
superior a todos ellos.
Con estos temores, dando,
entre tan raros sucesos,
crédito a los vaticinios
y opinión a los agüeros,
equivocando los nombres
de piadoso y de severo,
dispuso mi padre el rey
que yo muriese en naciendo.
¿Quién vio más crüel, tirano,
injusto y torpe decreto
que hacer los delitos él
porque yo no llegue a hacerlos?
De esta sentencia apelando
de su ira a su consejo,
él mismo mudó intención,
tomando --¡ay de mí!-- por medio
que en esta torre, fundada
en los ásperos desiertos
de Armenia, viva, si acaso
vive quien vive muriendo.
Aquí con solas mujeres
me ha criado, de quien tengo,
por su relación, remotas
noticias del universo.
No sé hasta ahora cómo son
sus repúblicas, sus pueblos,
sus políticas, sus leyes,
sus tratos y sus comercios.
El primer hombre que he visto,
si no me miente el objeto
tuyo aparente, eres tú;
tan cerca --¡ay de mí!-- y tan lejos
vivo de lo racional.
Y aun ya pasara por esto,
si hoy no me hubiera una dama
dicho que mi padre --¡ay cielos!--

a dos hijos de Astiages,
su hermano, trajo a su reino;
cuya desesperación
me hizo --¡de cólera tiemblo!--
salir de mí --¡de ira rabio!--
hasta --¡ahógame mi aliento!--
decir que en muerte y en vida
el alma le daré en precio
a cualquiera que me dé
la libertad que apetezco.
Y así, si tú, enternecido
de mi llanto y de mis ruegos,
de mi pena y de mi agravio,
de mi voz y mi tormento,
me la das, otra vez y otras
mil veces a decir vuelvo
que soy tuya, y lo seré
en vida y en muerte, haciendo
libre donación en vida
y muerte de alma y de cuerpo,
para ver si así me libro
de esta prisión que padezco,
de esta esclavitud que lloro,
de esta sujeción que tengo,
de esta envidia que publico
y de esta rabia que siento.

DEMONIO: La lástima, hermosa Irene,
de tus extraños sucesos
me ha obligado a tomar hoy
esta forma, concurriendo,
como dije, a tus conjuros;
y aunque puedan mis portentos
no sólo de aquí sacarte,
pero todo este soberbio
edificio trasladar,
arrancado de su asiento,
a los más remotos climas
de todo el orbe, no quiero
que hoy en tu favor me ayuden
tantos prodigiosos medios.
De medios más naturales
me he de valer. (Y es que tengo **Aparte**
limitada la licencia
de Dios, y así no me atrevo
a más de lo que permiten
sus soberanos decretos.)
Yo te pondré en libertad,
revalidando el concierto
de que serás siempre mía.

IRENE: Otra y mil veces lo ofrezco.

DEMONIO: Pues con esa condición
yo haré que tu padre mesmo
por ti envíe y que esos dos
sobrinos suyos que al reino
aspiran, porque te juzgan
incapaz de su gobierno,
se pongan tan de tu parte
que ellos sean los primeros
que te ilustren y te adornen

de la corona y el cetro
de toda Armenia. Y porque
no te dé cuidado el verlos
hoy en tu corte, sabrás
de su venida el intento.
Astiages, menor hermano
de Polemón, rey supremo
de algunas de las provincias
de Asia, tuvo tan a un tiempo
esos dos hijos que hasta hoy
el mayor ignora de ellos;
porque al tiempo del nacer
las matronas, acudiendo
a su madre, olvidaron
de señalar el primero
que vio las luces del sol,
perturbándose el derecho
que a la herencia de su padre
tenían; de cuyo yerro
nació dividirse en bandos
sus vasallos, pretendiendo
cada uno para sí
merecer el valimiento.
Polemón, por excusar
lides, batallas y encuentros,
llamó a los dos a su corte,
tomando por buen acuerdo
que el uno a su padre herede
y el otro al tío; advirtiendo
que él ha de hacer la elección
del que ha de jurar su reino.
No temas que de ninguno
se agrade su entendimiento;
porque los dos son, Irene,
tan encontrados y opuestos
en acciones y en costumbres,
en obras y en pensamientos,
que duda al que ha de fïar
la corona, conociendo
que ninguno de ellos es
merecedor del gobierno.
Es el defecto de Ceusis
ser ambicioso, soberbio,
cruel, homicida, tirano,
lascivo, injusto y violento.
De todo esto es al contrario
de Licanoro el afecto,
porque es de ánimo abatido,
postrado, humilde y sujeto.
Tanto a la lección se entrega,
apurando y discurriendo
quién es causa de las causas,
que le deja desatento
para lo demás; de suerte
que, aplicando yo otros medios
hoy a la neutralidad
que tu padre tiene, puedo
hacer que tú te corones,
bella Irene, y, siendo ellos

Librodot

quien en tu frente y tu mano
pongan la corona y cetro,
rendidos a tu hermosura,
para que acaben con esto
tus prisiones, tus ahogos,
tus llantos, tus desconsuelos,
tus pasiones, tus desdichas,
tus penas, tus sentimientos.

IRENE: ¡Oye! (¡Ay de mí!) **Aparte**

DEMONIO: ¿Qué me quieres?

IRENE: Tu poder no dudo inmenso.
Ya sabes cuánto es vehemente
la cólera del deseo;
dame una señal de que
no es delirio, asombro o sueño
de mi loca fantasía
lo que estoy tocando y viendo.

DEMONIO: Sí haré. ¿Qué es lo que deseas
ver más del mundo?

IRENE: Aunque tengo
en mal formadas especies
retratados mil objetos
que me llevan la atención,
a esos dos jóvenes, puesto
que ellos dices que han de ser
de mi libertad el medio,
quisiera ver.

DEMONIO: Pues yo haré
que los veas en los mesmos
ejercicios que ahora están
divertidos. (Aquí, infiernos, **Aparte**
he menester vuestra ayuda,
pues para la lid que espero
es necesario tener
tan [pervertido] este reino
que en él no halle entrada aquella
nueva ley del Evangelio
que los apóstoles van
por todo el orbe esparciendo.)
Vuelve los ojos, Irene;
verás lo que a este momento
tratando Ceusis está.

Sale CEUSIS tras un CRIADO con la daga desnuda

IRENE: Ya le veo, ya le veo,
a cuyo asombro me admiro.

CEUSIS: ¡Villano! ¡Viven los cielos,
que has de morir a mis manos!

CRIADO 1: ¿Yo, señor, qué culpa tengo
de que Marcela te trate
con desdenes y desprecios?

CEUSIS: Si tú de mí la dijeras
que he de ser yo el heredero
de Armenia, porque mi hermano
no tiene merecimientos
para competir conmigo,

claro está que fueran menos
sus rigores.
CRIADO 1: Tanto adora
a su esposo que por eso
presumo que no te admite.
CEUSIS: Añade, entre los que tengo
de dar la muerte en reinando,
a ese atrevido, a ese necio
que con su propia mujer
se atreve a darme a mí celos.
CRIADO 1: Teme, señor, que los dioses
castiguen tu atrevimiento.
CEUSIS: ¿Qué dioses se han de atrever
a castigarme, si ellos
me dieron vista con que
mirase lo que apetezco?
Acusen su providencia,
pues ella fue el instrumento
para mi culpa; o si no,
preciados de justicieros
quítenme la vista, si
con la vista los ofendo.
DEMONIO: (Aquí, para ser más malo, **Aparte**
me importa parecer bueno;
y pues que me ha dado Dios
permisión, por sus decretos,
para usar de naturales
causas, con ellas me atrevo
a entorpecerle los ojos,
con que dos nombres adquiero,
el de justiciero ahora
y el de milagroso, luego
que a la vista que le turbo
le quite el impedimento.)
CRIADO 1: ¿Eso dices?
CEUSIS: Esto digo.

Finge estar ciego

Mas, ¡ay infeliz! ¿Qué es esto?
¿Qué se nos ha hecho el día,
que a media tarde, cubierto
de pardas nubes, fallece?
¿Dónde se ha ido el sol huyendo,
sin permitir que la luna
substituya sus reflejos
en el horror de la noche?
CRIADO 1: ¿De qué haces tantos extremos?
¿Qué tienes?
CEUSIS: Perdí la luz,
y con mil sombras tropiezo.
¡Ay de mí, rabiando vivo!
¡Ay de mí, rabiando muero!

Vase CEUSIS, guiándole el CRIADO

IRENE: Confusa estoy y turbada.
A hablar --¡ay de mí!-- no acierto.
DEMONIO: Para quitarte ese horror,
ve a Licanoro. Arguyendo
con un sacerdote mío
está; escucha el argumento.

Salen LICANORO y el SACERDOTE

LICANORO: Dime, puesto que tú eres
tan sabio, docto y maestro,
¿qué libro es éste que acaso
hallé entre otros que tengo,
que, por más que en él estudio,
ni sus principios entiendo,
ni sus misterios alcanzo
ni su doctrina comprendo?
SACERDOTE: ¿Cómo es el título?
LICANORO: El Génesis
se dice, voz que en hebreo
creación quiere decir.
SACERDOTE: Pues ¿cómo empieza?
LICANORO: Oye atento;
"En el principio crïó
Dios a la tierra y al cielo."
SACERDOTE: No prosigas, si no dice
qué dios.
LICANORO: Mi duda está en eso.
De un Dios habla solamente,
poderoso, sabio, inmenso,
criador del cielo y la tierra.
SACERDOTE: Pues no le leas, supuesto
que niega los demás dioses.
LICANORO: Antes le estimo por eso;
que no es posible que aquesta
fábrica del universo
sea obra de dos manos;
y más si el lugar advierto
del filósofo que dice
lo que es ser Dios, infiriendo
que es sólo un poder y un solo
querer. Prosigue diciendo,
"La tierra estaba vacía,
nada eran los elementos,
y el espíritu de Dios
iba, estándose en sí mesmo,
llevado sobre las ondas."
SACERDOTE: Ni lo alcanzo ni lo entiendo.
LICANORO: Yo tampoco. De Dios dice
que iba el espíritu inmenso
llevado sobre las ondas,
sin decir qué dios.
SACERDOTE: De ahí veo
cuán como rústico escribe
el autor que le ha compuesto,
pues nada prueba.
LICANORO: Antes mucho.
Oye, a ver si te convenzo.

DEMONIO: (Sí harás; que ya tu discurso **Aparte**
por otros actos penetro.
Pero yo, antes que lo digas,
impediré el instrumento
de tus voces. Habla ahora,
que yo tu lengua entorpezco.)
SACERDOTE: Pon el argumento, empieza;
que a todo responder pienso.
LICANORO: Quien dice dios, absoluto
poder dijo.
SACERDOTE: No lo niego.
Prosigue.
LICANORO: (No puedo hablar.) **Aparte**

Titubea

SACERDOTE: ¿Qué tienes?
LICANORO: (No sé qué tengo; **Aparte**
que el corazón a pedazos
se quiere salir del pecho
al ver que muda la lengua
articula los acentos.)
SACERDOTE: ¿Qué tienes?--Por señas solas
habla, y con raros extremos
al cielo y la tierra mira,
y va de mi vista huyendo.
LICANORO: (¡Ay de mí, rabiendo vivo! **Aparte**
¡Ay de mí, rabiando muero!)

Vanse LICANORO y el SACERDOTE

IRENE: Con no menor pasmo --¡ay triste!--
me dejó aqueste suceso
que el pasado.
DEMONIO: Mis piedades
les darán la vista luego
y la voz que les quitaron,
porque hablaron con desprecio
mío. Mira a qué poder
te entregas.
IRENE: Yo me confieso
tuya, Astarot, en la vida
y en la muerte.
DEMONIO: Yo lo acepto.
IRENE: ¡Ay de mí, rabiando vivo!
¡Ay de mí, rabiando muero!

Vanse. Salen LESBIA y LIRÓN
llorando

LIRÓN: ¡Ay!
LESBIA: ¿Por qué lloras?
LIRÓN: Probar
quisiera si conseguir
puedo en todo este lugar,

ya que a nadie hago reír,
hacer a alguno llorar;
pues si la causa te digo
del mal que traigo conmigo,
fuerza es que antes y después
lloren todos.
LESBIA: ¿Qué mal es?
LIRÓN: Estar casado contigo.
LESBIA: Pues ¿cuándo pensasteis vos
tener mujer de esta cara?
LIRÓN: Eso nunca; que--¡por Dios!--
que si una vez lo pensara,
que no lo llorara dos.
LESBIA: La causa saber espero.
LIRÓN: ¿Qué mayor, si considero
a cuán pocas satisfizo
de las cuentas que me hizo
contigo el casamentero?
Porque él me dijo, "Lirón,
casaos; que es mucha razón
el que tenga un hombre honrado
casa, familia y estado.
Vos, con aquesa ración
que tenéis de barrendero
de este tempro, y con tener
quien lo gobierne, si infiero
que en manos de la mujer
luce doblado el dinero,
lo pasaréis, craro está,
como un rey; porque es así,
que a eso se juntará
su hacienda, y de aquí y de allí
la gracia de Dios vendrá."
Caséme, viéndole habrar
tan sin duelo y sin mancilla,
y la honra que vine a hallar
son mujer, casa y familia
que tener que sustentar.
Lo que yo solo comía,
lo como ahora en compañía,
y el locirlo tú es engaño;
pues no gano yo en un año
lo que gastas tú en un día.
Sin que de aquí ni de allí
un pan me venga siquiera,
ni la gracia de Dios quiera
más acordarse de mí
que si en el mundo no huera.
Y así de aquesta africión,
pues que le barro su tempro,
le he de pedir a Astarón
me libre; que, si contempro
cuántos sus milagros son,
que sana al cojo, al tullido,
al manco, al ciego, al baldado,
mayor milagro habrá sido
sanar a un hombre casado
del achaque de marido.
LESBIA: Yo también al tempro iré,

y a Astarón le pediré
que, si en otra ha de empezar
la grande obra de enviudar,
en mí sea; que yo sé
que me oirá mijor a mí,
mentecato, que no a vos.
LIRÓN: ¿Por qué, Lesbia?
LESBIA: Porque sí.
LIRÓN: Pues vamos juntos los dos
habrándole desde aquí.
LESBIA: Astarón de gran poder...
LIRÓN: Dios adorado y querido...
LESBIA: ...duélos mirar...
LIRÓN: ...duélaos ver...
LESBIA: ...el talle de mi marido.
LIRÓN: ...la cara de mi mujer.
LESBIA: Dadme modo...
LIRÓN: Dadme traza...
de librarme de esta maza...
LESBIA: ...de quien él la mona ha sido...
LIRÓN: ...que, si hacéis esto que os pido...
LESBIA: ...que, si esto hacéis...

Dentro

VOCES: ¡Plaza, plaza!
LIRÓN: ¿Qué ruido aquéste será?
LESBIA: Yo la causa de él no dudo;
porque, viendo el rey que está
un príncipe de esos mudo
y el otro ciego, querrá
traerlos al tempro a ofrecer
sacrificio, para ver
si así en la gracia conquista
de Astarón su habra y su vista.
LIRÓN: Pues no tenemos que her
por hoy mosotros, que tiene
mucho que her nuestro dios;
y así por hoy más conviene
[.....ós?]
[.....ene?]
irnos.
LESBIA: No conviene tal;
que mijor es asistir
para ver en caso igual
cómo le hemos de pedir
la cura de mueso mal.

Ábrese el templo, y salen el REY, CEUSIS, LICANORO, el SACERDOTE y MÚSICOS

REY: Inmensa deidad bella
de esta patria felice, pues en ella
tu imagen venerada
se ve, en templos y altares colocada,
en ti la pena mía

la fe con que te busca hallar confía
favores y piedades,
restituyendo al alma sus mitades.
Y, puesto que mi celo,
por excusarle la ojeriza al cielo,
a Irene--¡suerte esquiva!--
muerta la llora y la sepulta viva,
ya que otro arrimo ni descanso tengo
que estos báculos dos, en quien prevengo
descansar del prolijo
peso del reino, con que ya me aflijo...

CEUSIS: Si yo, por obligarle,
pudiera--¡ay infeliz!--sacrificarle
vida y alma, lo hiciera,
porque a la luz del sol restituyera
la ciega vista mía.
¡Oh cuán triste es la noche sin el día!

LIRÓN: ¿Esto es ser ciego? ¡Ay Dios, y quién lo fuera!

LESBIA: ¿Por qué? Di.

LIRÓN: Porque habrara, y no te viera.

A LICANORO

REY: ¿A los cielos me enseñas?
¿Qué me quieres decir con esas señas?
Solo "uno" me señalas;
con tu dolor a mi dolor igualas.
¿Qué dices? No te entiendo.

SACERDOTE: Yo sí; que su concepto comprehendo.
Dice que, si él hubiera
de pedir el remedio, le pidiera
al dios que solo es uno.

REY: De oírlo se alegra. ¿Haber puede ninguno
de absoluto poder? Ése es engaño.
Busca el remedio donde hallaste el daño.--
Todos al templo entremos;
que no dudo que en él piedad hallemos.

SACERDOTE: Ya desde aquí la imagen se termina,
y corren a sus aras la cortina.

REY: Con músicas vosotros y con voces
los altos cielos penetrad veloces.

Cantan

MÚSICOS: *"Grande prodigio de Asia,*
dios de la inferior Armenia,
nuestros lamentos escucha,
atiende a las voces nuestras;
pues deidades supremas
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

Descúbrese el ídolo

REY: A ti, deidad soberana,
con dos aflicciones llega
quien más tu grandeza adora,

quien más tu culto venera;
a Ceusis y a Licanoro,
gran dios, traigo a tu presencia,
uno ciego y otro mudo.
En mí y en ellos ostenta
lo sumo de tu poder,
lo inmenso de tu grandeza.

CEUSIS: Si pequé soberbio, humilde
ya el perdón te pido; muestra
que tiene la humildad premios,
si castigos la soberbia;
pues tu dulce voz süave
nos advierte y nos enseña...

Cantan

MÚSICOS: *"...que deidades supremas*
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

Dentro el DEMONIO

DEMONIO: Quien a los dioses ultraja
justo es que sus iras sienta,
y justo también que goce
sus piedades quien los ruega.
Y, porque veas que en mí
hay castigo y hay clemencia,
la luz del sol a tus ojos
a restitüirse vuelva.

CEUSIS: Gracias te den, dios inmenso,
a un tiempo el cielo y la tierra.
Feliz quien ver mereció
revocada tu sentencia.

SACERDOTE: ¡Viva nuestro gran dios!

TODOS: ¡Viva!

LESBIA: ¡Viva muy en hora buena!

LIRÓN: ¡Viva, como me descase,
pues que tan poco le cuestan
los milagros!

REY: Licanoro,
pide tú con vivas señas
sus favores, y entretanto
la música a cantar vuelva.

Cantan

MÚSICOS: *"...pues deidades supremas*
ni esconden el rigor ni el favor niegan."

DEMONIO: (Aunque las señas que hace **Aparte**
nada conmigo merezcan,
la voz le he de dar; pues más
me importa ocultar la ofensa
que limitar el poder.)
Quien mi majestad venera
con señas, es justo que

ya con voces la engrandezca.
LICANORO: Es engaño; porque yo
no te he pedido clemencia;
a la causa de las causas
la he pedido.
SACERDOTE: Porque veas
que Astarot lo es, ha querido
darte como tal respuesta.
¡Viva nuestro gran dios!
TODOS: ¡Viva!
LICANORO: Aun con ver que me reserva
del dañado impedimento
que tuvo atada mi lengua,
con mi duda quedé.
LIRÓN: ¿Han visto
cuánto es a la estatua muesa
záfil el hacer milagros?
Lleguemos nosotros, Lesbia.
LESBIA: ¿No ves que está el rey aquí,
y no querrá en su presencia
ocuparse en pocas cosas?
LIRÓN: Yo bien sé cómo pudieras,
si el milagro es descasarnos,
hacerlo tú, sin que huera
menester pedirlo a nadie.
LESBIA: ¿Cómo?
LIRÓN: Cayéndote muerta.
LESBIA: ¡Malos años para vos!
REY: Divina deidad eterna,
¿qué víctima, qué holocausto,
qué sacrificio, qué ofrenda
en hacimiento de gracias
puedo yo hacerte que sea
más acepto?
DEMONIO: Dar a Irene
libertad.
REY: Mi providencia
pervertir quiso sus daños;
mas si eso mandas, por ella
vayan, señor, al momento.

Vase el SACERDOTE. Dentro San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Penitencia, penitencia!
REY: ¿Qué triste y mísero acento
es el que en los aires suena?
LICANORO: Nunca se oyó en sus espacios
voz tan horrible y funesta.
CEUSIS: El sonido de sus ecos
el corazón me atormenta.
¡Qué pavoroso rüido!
LIRÓN: ¿Cúya será esta voz, Lesbia?
LESBIA: A todos turba el oírla.
DEMONIO: (Y más a mí el conocerla. **Aparte**
Pero ¿qué temo, qué temo,
que el apóstol de Dios venga,
si viene a tiempo que tengo,

con las mentidas grandezas
de mis fingidos milagros,
toda esta gente suspensa?)

REY: ¡El corazón se estremece!
Gran dios, ¿cúya voz es ésta?

DEMONIO: Yo te lo diré. (Aquí importan **Aparte**
mis engaños y cautelas.)
De un hombre, rey, que a tu corte
viene, que tirano intenta
quitar de tu mano el cetro
y el laurel de tu cabeza.
Y aunque otra cosa te diga,
ni le escuches ni le creas,
y está advertido, porque
o le mates o le prendas.

REY: Esa palabra te doy.

BARTOLOMÉ: ¡Penitencia, penitencia!

LICANORO: ¿Qué hombre, cielos será éste?

Sale IRENE

IRENE: ¡Aguarda, detente, espera!
Que, aunque debiera primero
rendir gracias y obediencias
a dios que me da la vida,
y a ti que me la reservas,
de este hombre o de este monstruo
te quiero contar las señas,
ya que viniendo le vi
entre el vulgo que le cerca,
a cuya vista quedé
ni bien viva ni bien muerta,
de ver que el gusto de verte
me embaracen estas nuevas.

LICANORO: (¡Qué peregrina hermosura!) **Aparte**

CEUSIS: (¡Qué soberana belleza!) **Aparte**

IRENE: Es su estatura mediana,
su barba y cabello en crencha
partida a lo nazareno
y de cenizas cubierta,
afectando el desaliño
más su hipócrita modestia;
el rostro es grave, la voz,
bien como de una trompeta,
armoniosamente dulce
y dulcemente tremenda;
vivo esqueleto de un vil
báculo que le sustenta,
es todo su adorno un saco
ceñido con una cuerda.
Pero ¿para qué repito
las señas suyas, si entra
ya en el templo? A cuya voz
todo el edificio tiembla,
cuando en pavoroso acento
dice atrevida su lengua...

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Cristo es el Dios verdadero!
¡Penitencia, penitencia!
LIRÓN: ¡Ay qué voz y qué semblante!
Peor cara tiene que Lesbia.
LESBIA: Sí; pero mejor que tú,
por mala que te parezca.
REY: Hombre, aborto de la espuma,
que esa marítima bestia
sorbió sin duda en el mar,
para escupirte en la tierra...
LICANORO: Parto de aquesas montañas
que, equivocando las señas,
para ser fiera, eres hombre,
para ser hombre, eres fiera...
CEUSIS: Racional nube que el viento
para rayo suyo engendra,
pues el trueno de tu voz
espeluza y amedrenta...
IRENE: Prodigio, ilusión y asombro
que ha bosquejado la idea
de algún informe concepto
de soñadas apariencias...
REY: ...¿qué mal entendido rumbo...
LICANORO: ...¿qué derrotada tormenta...
CEUSIS: ...¿qué deshecho terremoto...
IRENE: ...¿qué fantástica quimera...
REY: ...a estos puertos...
LICANORO: ...a estos montes...
CEUSIS: ...te trae?
IRENE: ...te arroja?
REY: ...te echa
o te forma para asombro?
¿Qué solicitas?
LICANORO: ¿Qué intentas?
BARTOLOMÉ: La salud de tantas almas
como cautivas y presas
de la injusta idolatría
tiene la ignorancia vuestra,
que dejáis de dar al Dios
que es criador de cielo y tierra
las alabanzas que dais
al bronce, barro y madera
de que labráis vuestros dioses.
Éste es único en esencia
y trino en personas; pues
el Padre, que es la primera,
ni criado, ni engendrado
ni procedido se ostenta
de nadie, porque en sí mismo
sin fin ni principio reina;
el Hijo, que es la segunda
de esta soberana esencia,
ni criado ni procedido,
sino engendrado se muestra
del Padre, cuyo concepto
siempre incesable se engendra;
el Espíritu, que es

de aquesta esencia suprema
la tercera, ni crïado
ni engendrado, es cosa cierta,
sino procedido de ambos;
que, aunque tres personas sean,
no son tres dioses, un solo
Dios es no más, una mesma
voluntad, un querer mismo
y una misma omnipotencia.
Uno es el Padre, uno el Hijo,
y de la misma manera
uno el Espíritu; pero
no son tres con diferencia,
no es fingido simulacro,
en cuya errada asistencia
habla el espíritu impuro
del demonio.

REY: Ten la lengua;
que nuestros dioses infamas.

IRENE: No prosigas, cesa, cesa;
que su gran poder ofendes.

CEUSIS: ¿Qué imposibles sutilezas
son [a] las que nos persuades?

LICANORO: Tente, Ceusis; no le ofendas,
hasta entender sus razones.

REY: ¿Qué razones? Todas ellas
son para darme la muerte.

BARTOLOMÉ: No son sino vida eterna.

REY: Cuando eso fuera verdad,
¿cómo quieres que lo crea,
que este simulacro hermoso
virtud divina no tenga,
si, cuando vienes, estamos
dándole gracias inmensas
de dos milagros tan grandes
como dar su providencia
vista al ciego y voz al mudo?

BARTOLOMÉ: Sabiendo que todas esas
obras caben en la margen
de la gran Naturaleza,
habiendo puesto primero
el impedimento en ella,
como angélica criatura,
capaz de todas las ciencias.
Prosigue sus sacrificios
y di, si de dios se precia,
que, estando yo aquí, responda
a alguna pregunta vuestra.

DEMONIO: Sí responderé.

BARTOLOMÉ: No harás;
que yo con esta cadena
de fuego, en nombre de Dios,
tengo de ligar tu lengua.
Habla ahora.-- Preguntadle;
decid que os dé la respuesta.

Al báculo que trae BARTOLOMÉ, que será a modo de cruz, se pondrá una bombilla y se encenderá por debajo

CEUSIS: Gran dios de Astarot, tu nombre
hoy se ilustre y engrandezca.
Vuelve por ti, con decirnos
lo que este bárbaro intenta.
DEMONIO: (No puedo hablar--¡ay de mí!-- **Aparte**
porque cautivas y presas
con cadena están de fuego
mis acciones y mis fuerzas.)
No me aflijas, no me aflijas,
Bartolomé; que ya deja
mi engaño este ídolo mudo,
faltándole mi asistencia.
Y así cúbranme la faz
caliginosas tinieblas
que den al cielo pavor,
que den asombro a la tierra.

Cubren el altar

BARTOLOMÉ: ¿Cuánto es más, quitar a un dios
vista y voz, que no el que pueda
dar a otros voz y vista?
CEUSIS: Eso fuera, si no fuera
valido de los encantos
y mágicas apariencias
de que usáis los galileos
todos, de hechizo y quimera.
¡Muera a mis manos quien viene
a alterar la patria!
TODOS: ¡Muera!
LICANORO: Dejadle; que hasta ahora no
sabemos que nos ofenda.
IRENE: Sí sabemos, pues que viene
a introducirnos ley nueva
de un dios que ignoramos, siendo
la gran provincia de Armenia
patrimonio de los dioses
y de nosotros herencia,
desde que la primer nave
tomó en sus cumbres excelsas
puerto, sobre cuya cima
incorruptible se asienta.
BARTOLOMÉ: Y aun por eso aquí de Cam
la réproba descendencia
obra con su idolatría
en vuestros pechos impresa.
REY: No lo escuches.
CEUSIS: No le oigas.
¡Muera a nuestras manos!
TODOS: ¡Muera!
BARTOLOMÉ: Para otra ocasión el cielo
mi vida guarda y reserva.

Quieren acometer a BARTOLOMÉ, y él vuela

LIRÓN: Hecho una bestia he quedado.

Vase

LESBIA: Siempre tú eres una bestia.

Vase

REY: Seguidle todos, buscadle,
hasta traerle a mi presencia.

Vase

SACERDOTE: Sacrificio le he de hacer
de aquestas aras sangrientas.

Vase

IRENE: La primera seré yo
que le dé la muerte fiera,
pues como esclava me toca
del dios de Astarot la ofensa.

Vase

CEUSIS: Yo bien quisiera seguirle,
mas la divina presencia
de Irene me lleva el alma.
LICANORO: A mí también me la lleva,
y por eso no le sigo.
(Aunque el seguirle yo fuera, **Aparte**
no para darle la muerte,
mas para que luz me ofrezca
de si el dios que yo imagino
es como el dios que él enseña.)

SEGUNDO ACTO

Sale LICANORO

LICANORO: ¿Qué pretende mi fortuna,
que tan enojosa y triste
con dos pasiones embiste,
pudiendo matar con una?
Y molesta e importuna
darle dos muertes previene
al que una vida no tiene,
siendo causa de las dos

la investigación de un dios
y la hermosura de Irene.

Sale CEUSIS

CEUSIS: ¿Qué solicita mi suerte,
que tirana y atrevida,
para quitarme una vida,
usa de una y otra muerte?
Justo celo, dolor fuerte
ocasiona mi tristeza,
siendo causa la aspereza
de mi cólera y mi furia,
del dios de Astarot la injuria
y de Irene la belleza.
LICANORO: ¿Adónde pudiera hallar
aquel hombre prodigioso,
porque de su misterioso
dios me volviese a informar?
CEUSIS: ¿Dónde pudiera encontrar
aquel monstruo peregrino
que a nuestra provincia vino,
para que mi saña vea,
y víctima humana sea
de nuestro ídolo divino?

LICANORO: ..... [-ós]
.....
.....
..... [-ós]
Mas ¿cómo pretendo--¡ay Dios!--
buscarle, si preso lucho
de Irene divina?
CEUSIS: Mucho
es mi mal, mi pena atroz.

Suenan dentro los MÚSICOS

LICANORO: Mas ¿qué instrumento...?
CEUSIS: ¿Qué voz...?
LICANORO: ¿...es el que oigo?
CEUSIS: ¿...es la que escucho?

Cantan

MÚSICOS: *"Sin mí, sin vos y sin Dios,*
triste y confuso me veo;
sin Dios, por lo que os deseo,
sin mí, porque estoy en vos,
sin vos, porque no os poseo."

Sale IRENE

IRENE: No cantéis; que no permite
esta necia pasión mía

que de su melancolía
nadie el mérito la quite.
LICANORO: No, señora, solicite
vuestra tristeza estorbar
lisonja tan singular
a quien de ella traído viene.
Mandad, bellísima Irene,
que otra vez vuelva a cantar
ese bellísimo encanto.
IRENE: Mucho extraño que haya a quien
suene la música bien,
pudiendo escuchar el llanto.
CEUSIS: Más extraño yo y me espanto
de veros con tal crueldad,
después que vuestra beldad
de su libertad gozó.
IRENE: Pues ¿quién os dijo que yo
gozo de mi libertad?
CEUSIS: El veros vivir, señora,
en palacio lo confiesa.
IRENE: ¿Y qué sabéis vos, si esa
también es prisión ahora?
LICANORO: ¿De qué suerte?
CEUSIS: ¿Cómo?
IRENE: ¡Flora!

Dentro FLORA

FLORA: ¿Qué mandas?
IRENE: Vuelve a cantar.--
Así pretendo atajar
vuestra plática, porqué
no pidáis que razón dé
de razón que no he de dar.

Cantan

MÚSICOS: *"Sin mí, sin vos y sin Dios,*
triste y confuso me veo;
sin Dios, por lo que os deseo,
sin mí, porque estoy en vos,
sin vos, porque no os poseo."

LICANORO: Bien letra y tono parece
que compuso mi dolor,
viendo que el alma padece
un nuevo incendio de amor,
que nunca a ser mayor crece.
Su objeto somos los dos,
y aun Dios, pues al irme a hallar,
sin mí me hallo, y no con vos;
con que me vengo a quedar
sin mí, sin vos y sin Dios.
CEUSIS: Yo del imán soberano
de vuestros divinos ojos
contento estoy, aunque en vano
intento que los enojos

de mi dios vengue mi mano.
Si ir tras su ofensa deseo,
mi muerte en mi ausencia veo,
y entre los discursos varios
de dos afectos contrarios,
triste y confuso me veo.
LICANORO: Del dios que ignoro, hasta agora
principio ninguno hallé.
y aunque por saber de él llora
el alma, ciega es la fe
que a uno busca y a otro adora.
Si a Dios busco, a vos no os veo;
si os veo a vos, a Dios ignoro;
y así está mi devaneo
sin vos, por lo que os adoro,
sin Dios, por lo que os deseo.
CEUSIS: Desde el instante que os vi,
toda el alma os entregué;
y aunque el agravio sentí
de Astarot, también mi fe
me ha dejado a mí sin mí.
Perdone su ofensa el dios,
y dé castigo a los dos;
pues me ha de hallar desde aquí
con vos, porque estáis en mí,
sin mí, porque estoy en vos.
LICANORO: Tan corta es la dicha mía
que aun ser esperanza ignora.
CEUSIS: La mía no; porque sería
mostrar, quien sin ella adora,
cuán poco al mérito fía.
LICANORO: Yo no aspiro a tanto empleo...
CEUSIS: Yo aspiro a cuanto deseo...
LICANORO: ...y con gusto...
CEUSIS: ...y con pesar...
LICANORO: ...he de vivir...
CEUSIS: ...he de estar...
LICANORO: ...sin vos.
CEUSIS: ...porque no os poseo.

IRENE: Si sois los que me habláis, dudo,
cuando a oír a los dos llego,
que a vos os jugzaba ciego
y a vos, Licanoro, mudo.
LICANORO: Nunca con más causa pudo
juzgarlo vuestra hermosura.
CEUSIS: Una razón lo asegura
bien en mí.
LICANORO: Y en mí lo advierte
un ejemplo.
IRENE: ¿De qué suerte?
CEUSIS: Ciego es [a] aquel que la pura
luz del sol falta.
IRENE: Es así.
CEUSIS: Y ciego, Irene, también
viene a ser aquel a quien
la luz del sol ciega.
IRENE: Di.
CEUSIS: [.....-í?]

Luego en mí este ejemplo cobra
fuerza; ciego estoy, pues obra
una experiencia tan alta,
allí porque luz me falta,
aquí porque luz me sobra.

LICANORO: ¿Que yo estoy más mudo ahora
que estuve entonces allí
probar no me toca?

IRENE: Sí.

LICANORO: Pues oye atenta, señora.
Mudo es aquél--¿quién lo ignora?--
que por falta de instrumento
no explica su sentimiento;
luego yo a estarlo me obligo;
pues cuando hablo más, no digo
lo menos de lo que siento.
Y aunque entonces embargada
la voz, pude en algún modo
por señas decirlo todo,
ya ahora no digo nada;
luego si al mirarla atada
de otorgarme te desdeñas
aun lisonjas tan pequeñas,
más mudo vengo ahora a estar,
pues no me puedo explicar
ni con voces ni con señas.

IRENE: Que estáis ciego y estáis mudo
los dos habéis pretendido
probar, valiéndoos a un tiempo
de cortesanos estilos;
y así, que vos estáis mudo
no he de creer, habiendo oído
atrevimientos tan mal
pensados como bien dichos.
Que estáis ciego vos creeré
más fácilmente, si miro
cuán ciego debe de estar
quien no ve que habla conmigo,
y para que no os parezca
por una parte mi juicio
tan fácil que le persuaden
sofísticos silogismos,
ni por otra tan grosero
que no os crea, determino
repartir entre los dos
las dudas y los designios.

LICANORO: Si yo pensara enojaros,
mármol fuera helado y frío.

CEUSIS: Lince fuera yo, aunque viera
vuestros enojos esquivos.

LICANORO: Porque atento a no ofenderos...

CEUSIS: Porque atento a conseguiros,
mi afecto os rindo postrado.

LICANORO: ...yo os le doy, mas no os le rindo.--

A CEUSIS

Mucho el ver que me compitas
con esa arrogancia estimo.
CEUSIS: Pues ¿quién te ha dicho que yo,
Licanoro, te compito?
LICANORO: Lo bien que a ti te estuviera
cualquiera igualdad conmigo.
CEUSIS: Pues ¿cuándo yo...?
IRENE: Bien está;
y ya que ostentar los bríos
intentáis, para que sea
en mejor lid, solicito
daros a entender la queja
que de los dos he tenido,
el valor de que me ofendo
y el amor de que me obligo.
Usa el gran dios de Astarot
con los dos de sus prodigios,
póneme a mí en libertad,
interrumpe el sacrificio
un hombre que al templo llega,
extranjero advenedizo,
abortado de esos mares,
y engendrado de esos riscos.
Enmudece nuestro dios,
publica el nombre de Cristo,
desaparece en el viento
y, usando de sus hechizos,
aunque le buscan en montes
y en ciudades los ministros
de mi padre, no le hallan;
y para mortal castigo,
enojado nuestro dios,
nos niega sus vaticinios.
Y cuando yo con tan grandes
penas me ahogo y me aflijo
con más causa, porque el dios
de Astarot es dueño mío,
después que le consagré
alma y vida en sacrificio,
antes de vengar su ofensa,
tan necios o inadvertidos
venís a decirme amores,
sin advertir cuánto ha sido
indigno de mi fineza
quien no es de mi pena digno.
[Mía] es la ofensa del dios
de Astarot; a mí me hizo
aquel asombro el ultraje,
el desaire aquel prodigio.
Pues ¿cómo, cómo queréis
que yo os premie, cuando os miro
tan desairados a vista
de los sentimientos míos?
Y si ostentar pretendéis
las altiveces, los bríos,
rendimientos y finezas,
idos de mi vista, idos;
y ninguno vuelva a ella
sin traerme algún indicio;

que a aquél que me le trajere
a favorecer me obligo
con la vida y con el alma,
que es ofrecerle lo mismo
que desagravio, supuesto
que por suyas las estimo.

CEUSIS: ¿Eso ofreces?

IRENE: Esto ofrezco.

LICANORO: ¿Eso dices?

IRENE: Esto digo.

CEUSIS: Pues yo le traeré a tus plantas,
si sé por varios caminos
pisar montes, sulcar mares,
desde donde ese Narciso
de los cielos nace en flores,
hasta donde muere en vidrio.

Vase

LICANORO: Yo no te ofrezco traerle.

IRENE: ¿Por qué?

LICANORO: Porque no me animo
a tanta empresa, aunque pierda
de esa esperanza el alivio.

IRENE: ¿Cómo?

LICANORO: Como hombre a quien guarda
su dios, señora, es preciso
seguro estar de nosotros,
aun entre nosotros mismos.
Y tengo a menos desaire
no ofrecer, amante y fino,
lo que no sé si podré
cumplir después de ofrecido.

IRENE: ¡Ay, Licanoro, mal haces!

LICANORO: ¿Cómo o por qué?

IRENE: No me animo
a decirlo yo tampoco;
que no me está bien decirlo.

LICANORO: Peor me está a mí no entenderlo.

IRENE: Pues partamos el camino;
yo te diré la mitad
de la razón que no digo;
adelanta tú al discurso
la otra mitad, y preciso
será que nos encontremos
a entenderlo sin decirlo.

LICANORO: Has dicho bien.

IRENE: Pues yo empiezo.

LICANORO: Y yo, señora, te sigo.

IRENE: Al que me traiga a aquel hombre
favorecer he ofrecido.
Ya he dado yo el primer paso.

LICANORO: Yo le doy ahora, y te pido
no me mandes eso solo,
y verás cómo te sirvo.

IRENE: Mucho que tú le trajeras
estimara mi albedrío.

LICANORO: No me atrevo contra un dios

que, aunque le ignoro, le estimo.
IRENE: Muy lejos vas de encontrarme,
Licanoro.
LICANORO: Fuerza ha sido,
Irene; porque los dos
seguimos rumbos distintos.
IRENE: Con todo eso, quiero dar
otro paso.
LICANORO: Y yo otro indicio.
IRENE: El dios de Astarot está
enojado y ofendido.
LICANORO: Luego quien pudo ofenderle
y agraviarle habrá podido
más que él.
IRENE: Su ofensa es mi ofensa.
LICANORO: Dios es; vénguese a sí mismo.
IRENE: Mira que vas, Licanoro,
dejando atrás el camino.
LICANORO: Tú eres quien le pierde, Irene.
IRENE: Pues volvamos al principio.
Quien a los dioses ultraja
fuerza es que quien me ha querido
desagravie.
LICANORO: ¿Quién a un dios
que dejarse agraviar quiso
desagraviará?
IRENE: Tú sólo.
LICANORO: Es engaño.
IRENE: Eso es delirio.
LICANORO: Ésa ilusión.
IRENE: Eso miedo.
LICANORO: Ésa ignorancia.
IRENE: Es preciso;
y no nos busquemos más,
puesto que ya nos perdimos;
siendo yo tan desdichada
que, tú ingrato y Ceusis fino,
me ha de deber el favor
quien no me debió el cariño.

Vase

LICANORO: ¡Que sea en mí tan poderosa
esta aprehensión de que ha habido
primer causa de las causas,
dios sin fin y sin principio,
que no deja en mi discurso
razón, elección ni arbitrio
aun para amar, cuando más
a la hermosura me inclino
de Irene! Pues por creer
que aquel Dios de quien ya dijo
el extranjero las señas
y el que yo adoro es el mismo,
a ofenderle no me atrevo.
¡Valedme, cielos benignos!
Que a tanto misterio falta
la razón, fallece el juicio.

Si tres personas y un dios
predica, y éstas han sido
el Padre y el Hijo amado
y el Espíritu divino,
¿cómo, no habiendo nombrado
otro dios que el Uno y Trino,
Cristo es verdadero Dios
dijo también? ¿Quién es Cristo
de estas tres personas?

Dentro el SACERDOTE

SACERDOTE: Presto
saldrás de ese laberinto
de dudas y confusiones.
LICANORO: ¿Dónde o cómo? Mas ¿qué miro?
El rey es, y tan suspenso
viene que aquí no me ha visto.
No le quiero hablar, porque
no embarace los motivos
de mis discursos. Dad, cielos,
nueva luz a mis sentidos,
que entre un dios y una belleza
anda delirando el juicio.

Vase. Salen el REY y el SACERDOTE

REY: No hay consuelo para mí.
SACERDOTE: Presto, señor, como he dicho,
saldrás de esa confusión,
en firmando los edictos.
En ellos de todo el reino
avisarás los ministros
que a aquel hombre prendan, donde
quiera que tengan aviso
de él, por las señas que envías,
ensanchando tus distritos
hasta el reino de Astiages
tu hermano, de quien confío
que hará mayor diligencia.
REY: Hasta que en el poder mío
le veo, y haga en las aras
de Astarot su sacrificio,
no ha de haber consuelo en mí,
por verle tan ofendido.
Pon aquí aquesos papeles,
y nadie entre mientras firmo.
Leer quiero en esta minuta
de los demás el estilo.

Pone el SACERDOTE unos papeles que trae sobre un bufete y vase; y el REY, sentado junto al bufete, lee un papel

REY: "Nobles prefectos de Armenia,
jueces y legados míos,

sabed que a nuestra provincia
llegó un humano prodigio
que, alterando nuestras leyes,
las ceremonias y ritos,
un nuevo dios predicando,
turbó nuestros sacrificios.
Huyóse al punto; y así
conviene a nuestro servicio
que le busquéis y prendáis;
para cuyo efecto envío
sus señas. Son pobres ropas,
y él un esqueleto vivo."
¡Ay de mí, que de acordarme
de él ahora tiemblo y me aflijo,
y tan presente le tengo
que parece que le miro!

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: En vano, rey engañado,
despachas contra mí edictos,
para que me busquen otros,
si yo me traigo a mí mismo.
Prosigue; que, porque no
yerres la copia, he venido
a que de mí la traslades.
REY: Ilusión de mis sentidos,
sombra de mi devaneo,
de mi discurso delirio,
¿cómo has entrado hasta aquí?
BARTOLOMÉ: Quien del cielo a abrirte vino
las puertas bien es que abiertas
halle las de tu retiro.
¿Diligencias para hallarme
haces? ¿Qué me quieres? Dilo;
que ya presente me tienes.
REY: De tus encantos y hechizos
no menor efecto es
el haberte aquí venido
que el haberte allá ausentado;
y aunque es la verdad que quiso
mi deseo verte, ya
tomara no haberte visto.
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres?
BARTOLOMÉ: Hacer al cielo testigo,
al sol, la luna y estrellas,
astros, planetas y signos,
del gran poder de mi Dios,
cuya nueva ley publico;
porque soy uno de doce
discípulos escogidos
que a sembrar por todo el mundo
de su Evangelio venimos
la semilla; y nos envía
de fe y esperanza ricos.
Y así, en nombre suyo vengo
a aplazarte un desafío,

a cuyo duelo señalo
de aqueste gran templo el sitio,
por armas sola mi voz,
y por juez a tu dios mismo.
En él me hallarás. A él
haz que vengan prevenidos
los sacerdotes, tus sabios,
todos a argüir conmigo,
en presencia de tu dios;
y el que quedare vencido
a manos del otro muera.

REY: Tanto de mis dioses fío
y de mis sabios espero
que lo acepto y lo permito.

BARTOLOMÉ: Pues en el templo te aguardo,
y me hallarás en el sitio
armado de fe, que son
las armas con que yo lidio.

Desaparece

REY: ¡Espera, aguarda!--En el aire
se ha desaparecido.
Divinos dioses, ¿es sueño,
es encanto o es delirio?--
¡Hola!

Sale el SACERDOTE

SACERDOTE: Señor, ¿qué me mandas?

REY: ¿No habéis visto, no habéis visto
aquel pasmo, aquel horror?

SACERDOTE: ¿Quién?

REY: El profeta de Cristo.

SACERDOTE: Engaño es de tu deseo;
nadie ha entrado ni ha salido,
porque yo he estado a la puerta.

REY: No es; que aquí estuvo conmigo,
yo le he visto, yo le he hablado,
por señas de que me ha dicho
que quiere hacer con mis sabios
certamen y desafío
de sus ciencias. Y así al punto
se truequen estos edictos
en pregones que convoquen,
dando de esta lid aviso
a los sabios de mi reino;
que yo, postrado y rendido
al asombro de su voz,
de su semblante al prodigio,
en mis sombras tropezando,
voy huyendo de mí mismo.

Vanse. Descúbrese el templo y sale LIRÓN

LIRÓN: "Mijor se puede pasar
todo el año sin moger
que dos días sin comer,"
dice un badajo vulgar;
y cuando él no lo dijera,
pudiera decirlo yo,
que buen badajo me so.
¡Ay hambre terrible y fiera,
cuánto tu vista me espanta!
Pescudaba un hombre un día
dónde cae el mediodía,
y otro dijo, "A la garganta."
Dígalo yo; que dempués
que mueso dios perdió el habra,
y que sola una palabra
pronunciar no quiere, es
tan poca la devoción
que con él la gente tiene
que nadie a su tempro viene;
con lo cual de la ración
la quitación ha llegado;
que no hay tan sola una ofrenda,
que era mi mijor hacienda.
Pues pobres hemos quedado,
remiendémonos los dos,
Astarón omnipotente,
y pues dicen comúnmente,
"Quien no habra, no le oye Dios,"
no el rofián mudéis conmigo;
habrad sola una palabra,
que dirán que a Dios que no habra
tampoco le oye el bodigo.
¿Aun no queréis? Pues par Dios,
que habéis, ya que mudo estáis,
de habrar, aunque no queráis,
o yo he de habrar por vos,
haciendo lo que he pensado.
Yo me tengo de esconder
detrás de la estatua y ser
dende hoy ídolo barbado.
Que, viendo que habró Astarón,
y la habra cobró ya,
la devoción volverá
y volverá la ración.
A ganar voy, no a perder;
y cuando me salgan malos,
tan sólo matarme a palos
es lo que pueden hacer.
Y aunque no salga barato,
a quien su industria le vale,
barato el comer le sale.

Dentro LESBIA

LESBIA: ¿Adónde estáis, mentecato?
LIRÓN: Lesbia es ésta. Ella ha de ser
la que antes he de engañar.
Ahora bien, voyme a endiosar,

que es a tener que comer.

Pónese en el altar detrás del ídolo. Sale LESBIA

LESBIA: ¿Dónde estáis, que no os encuentro,
simpronazo? Aun no responde
por su propio nombre. ¿Dónde
se habrá ido, que aquí dentro
ni huera le puedo hallar?
Y quisiera yo saber
si ha de busca la mujer
la comida.

Dentro

LIRÓN: No hay dudar.
LESBIA: ¿Qué voz es ésta--¡ay de mí!--
que en el mismo altar se oyó?
¿Quién es quien ahí habra?
LIRÓN: Yo.
LESBIA: ¿Es el dios de Astarón?
LIRÓN: Sí.
LESBIA: Pues ¿cómo os dignáis conmigo
de habrar hoy?
LIRÓN: Como me muero
de lo que he callado, y quiero
hartarme de habrar contigo.
LESBIA: ¿Que os merezca tal ventura
la mujer, señor, de vueso
barrendero?
LIRÓN: Y aun por eso,
que estó hecho una basura.
LESBIA: Ya que afabre os llego a ver,
¿queréis enviudarme?
LIRÓN: No;
porque ese milagro yo
para mí lo he menester.
LESBIA: Pues ¿cómo podré pasar
con marido de aquel talle?
LIRÓN: Tratando de regalalle.
LESBIA: ¿Con qué le he de regalar,
si no tenemos los dos
manjares que satisfacen?
LIRÓN: Buscadlos vos; que así hacen
otros mijores que vos.
LESBIA: Por no ofenderos, confieso
que mil hambres padecí.
LIRÓN: No las padezcáis; que a mí
no se me da nada de eso.
.....
LESBIA: Pues yo lo haré así.
LIRÓN: Haréis bien.

Sale el SACERDOTE

SACERDOTE: ¿Quién, dioses piadosos, quién
.....
creerá que aquella ilusión
tanto al rey ha persuadido
que manda que prevenido
el templo tenga, a ocasión
de la lid que en él espera?
LESBIA: ¿Vos licencia me dais?
LIRÓN: Sí.
SACERDOTE: Mas ¿quién es quien habla aquí?
LESBIA: Yo soy, señor; y quisiera
pedirte albricias.
SACERDOTE: ¿De qué?
LESBIA: De que ya Astarón habró.
SACERDOTE: ¿Quién, Lesbia, lo dice?
LIRÓN: Yo.
SACERDOTE: ¡Felice, pues escuché
su voz! Sin duda ha querido,
viendo que el rey ha aceptado
el desafío aplazado,
volver por su honor perdido.
A decirlo al rey iré,
para que el concurso sea
mayor, y este monstruo vea
sus maravillas; aunqué
el salir es excusado,
pues dice sonoro el viento
con cuánto acompañamiento
el rey en el templo ha entrado.
Ya el velo puedo correr.

Descúbrese el ídolo vestido como estaba el DEMONIO, y salen el REY, LICANORO, e IRENE y ACOMPAÑAMIENTO

LIRÓN: (¡Si me ve, hoy muero!) **Aparte**
SACERDOTE: Señor,
albricias de la mayor
fortuna que merecer
pudo tu imperio.
REY: ¿Qué ha sido?
SACERDOTE: Ya el cielo vuelve por ti
y por tu causa; y así
nuestro gran dios ha querido
dolerse de nuestro llanto.
LIRÓN: (¡Ay, que el rey mismo me adora! **Aparte**
Estó por decir ahora
que no lo hice yo por tanto.
Mas mijor es proseguir
el engaño, ya que en él
estó empeñado.)
SACERDOTE: Ya fiel
vuelve en su culto a lucir.--
Llegad, preguntadle todos
y veréis si da este día
respuesta como solía.
LIRÓN: (Distintos serán los modos; **Aparte**
mas al fin responderá

bien o mal, como saliere.)
REY: Bello esplendor que prefiere
a la luz que el sol nos da,
pues hoy ha de ser aquí
la lid de uno y otro dios,
volved, gran señor, por vos.
LIRÓN: Yo me acordaré de mí.
REY: No permitáis que ensalzado
en nuestras aras se vea
dios que ignoramos quién sea.
LIRÓN: Yo me tengo harto cuidado.
REY: ¿No hablas, Licanoro?
LICANORO: No
quisiera, por excusar
lo que le he de preguntar.--
Cristo ¿quién es?
LIRÓN: ¿Qué sé yo?
SACERDOTE: ¿Dónde está, gran señor, di,
que mis ojos no lo ven,
el extranjero con quien
arguir nos mandas?

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: Aquí;
que quien lidia voluntario
por su Dios no ha de hüir,
hasta vencer o morir,
la cara de su contrario.
REY: Mira qué poco sirvió
aquella prisión de fuego,
pues habló la estatua luego.
LIRÓN: (Gracias a por quien habró; **Aparte**
que a fe que se las debéis.
¿Qué va que vienen los palos
primero que los regalos?)
REY: Ea, ya empezar podéis.

SACERDOTE: Manda, señor, que la opinión asiente,
porque con fundamento se argumente.
BARTOLOMÉ: Yo defiendo que un Dios...

Sale CEUSIS

CEUSIS: Antes que empiece
la cuestión, si mi celo lo merece,
y das licencia, gran señor, te pido
que me escuches.
REY: ¿Qué traes? ¿Qué ha sucedido?
CEUSIS: En busca de esta fiera
que escandalosa toda el Asia altera,
penetraba los montes
que dividen al sol en horizontes,
cuando en lo más oculto
de las entrañas de un peñasco inculto
que, entreabierta la boca,
haciendo labios de una y otra roca,

parece, con pereza,
que el monte melancólico bosteza,
vi una mujer, si pudo
del traje lo vestido o lo desnudo
darme de serlo señas;
porque más parecía entre las peñas
bulto que inanimado
el acaso sin arte había formado;
cuya duda creyera,
si con humana voz no me dijera,
que aun ahora me aflige...

Sale el DEMONIO en traje de mujer

DEMONIO: Aguarda; yo diré lo que te dije.
"Gallardo joven, engañado vienes
a buscar lo que ya en tu corte tienes;
pues ese monstruo humano
que de su nuevo dios intenta en vano
introducir el nombre,
predicándole Cristo, Dios y hombre,
ya de estos montes, que traidores fueron,
pues tres días oculto le tuvieron,
falta. Yo lo he sabido,
porque no hay para mí centro escondido,
siendo yo Selenisa,
del gran dios de Astarot la pitonisa.
Estos páramos vivo,
donde observo mejor, mejor percibo
los humanos desvelos
en el rápido curso de los cielos.
Por mis observaciones he alcanzado
que a un duelo va aplazado
donde, si bien infiero
que el gran dios de Astarot parezca, quiero
entre sus sabios verme,
por ver así si a mí puede vencerme.
Esta la causa ha sido
de haber," dije, "a la luz del sol salido."
Mas él, que de mi acción mi ser colige,
me dijo...
CEUSIS: Yo diré lo que te dije.
"Vente conmigo, adonde
tu ciencia, que a tu ingenio corresponde,
este prodigio venza."
DEMONIO: Obedecíle, y pues cuando comienza
el argumento llego,
que me admitas a él, señor, te ruego.
REY: De que tú a este concurso hayas venido
estoy a mi fortuna agradecido.

DEMONIO: Pues yo, dándome, señor,
vuestra majestad licencia,
vos, serenísima infanta,
altos príncipes, nobleza
y plebe, porque a ese espanto
hoy todo tu pueblo vea,
que, siendo yo una mujer,

menos capaz de la ciencia,
basto para conclüirle,
le propondré la primera
cuestión, y podrán después
tomar la réplica de ella
con mayor autoridad
los que mejor la defiendan.

LIRÓN: (Malo es ser dios en cuclillas; **Aparte**
quebradas tengo las piernas.)

DEMONIO: Tú, peregrino extranjero,
¿en tus principios asientas
un dios solo, y que éste es
tres personas y una esencia?

BARTOLOMÉ: Sí.

DEMONIO: No es esa la cuestión,
aunque contra ésa pudiera
argüir, porque pretendo
tomarla desde más cerca.
Después de haber asentado
esa Trinidad inmensa,
asientas también que Cristo
es Dios; y así contra esta
parte de tus conclusiones
he de argüir.

BARTOLOMÉ: Fuerza era
que contra la humanidad
te declarases, porque ella
fue en tu primera ojeriza
asunto de tu soberbia.
Ya te he conocido; di,
forma el silogismo, empieza.

DEMONIO: Quien dice que hay sólo un dios
en tres personas y prueba
que éstas son el Padre, el Hijo
y el Espíritu, da muestra
que no hay más dios.

BARTOLOMÉ: Es verdad.

DEMONIO: Pues contra ti mismo enseñas
que Cristo es Dios verdadero.
Cristo es persona diversa;
luego son los dioses dos
o Cristo no es dios, o aquesas
personas, si es dios, son cuatro.

BARTOLOMÉ: Distingo la consecuencia;
que las personas sean tres
concedo; que una no sea
de ellas Cristo niego.

DEMONIO: Pruebo;
Cristo "ungido" manifiesta,
que es humanidad.

BARTOLOMÉ: Concedo
la mayor.

DEMONIO: Dios es eterna
divinidad.

BARTOLOMÉ: La menor
concedo.

DEMONIO: Luego evidencia
es que divino y humano,
que son distancias diversas,

implican contradicción.
BARTOLOMÉ: No es. Niego la consecuencia;
que el Hijo, que es de las tres
segunda persona eterna,
es Dios y hombre verdadero.
DEMONIO: ¿Hombre y Dios?
BARTOLOMÉ: Sí. ¡Aguarda, espera!
DEMONIO: Hombre es, pues fue concebido
de humana naturaleza.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues divinidad
y humanidad une y mezcla.
DEMONIO: Hombre es, pues su misma madre
conoce de Adán la deuda.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues al elegirla
de la culpa la preserva.
DEMONIO: Hombre es, pues ella en efecto
en sus entrañas le engendra.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues su encarnación
sin obra es de varón hecha.
DEMONIO: Hombre es, pues de ella nace,
tomando su carne mesma.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues queda en el parto
antes y después doncella.
DEMONIO: Hombre es, pues sujeto nace
del tiempo a las inclemencias.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que los pastores
y tres reyes le veneran.
DEMONIO: Hombre es, pues sus padres le
pierden del templo a la puerta.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues dentro le hallaron,
leyendo divinas ciencias.
DEMONIO: Hombre es, pues de temor huye
a Egipto y su patria deja.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues derriba huyendo
cuantos ídolos encuentra.
DEMONIO: Hombre es, pues en el desierto
la hambre y sed le atormentan.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues cuarenta días
les pudo hacer resistencia.
DEMONIO: Hombre es, pues que se le atreven
a tentar con duras piedras.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues con una voz
tres tentaciones ahuyenta.
DEMONIO: Hombre es, pues de hombres se vale,
y ésos de suma pobreza.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que la humildad
elige por compañera.
DEMONIO: Hombre es, pues uno de doce
trata de ponerle en venta.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues aun a ese mismo
lava y consigo le asienta.
DEMONIO: Hombre es, pues sentencia oye
de muerte, y no la remedia.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues, por darnos vida,
se dispone a esa sentencia.
DEMONIO: Hombre es, pues en una cruz
clavado padece afrentas.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues el perdón pide
de los que le han puesto en ella.

DEMONIO: Hombre es, pues espira y muere.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues muriendo deja
vencida la muerte, y hacen
sentimiento cielo y tierra.
DEMONIO: Hombre es, pues desamparado
el cuerpo cadáver queda.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues de los infiernos
baja a quebrantar las puertas.
DEMONIO: Hombre es, pues de hombre dejó
en el mundo tantas prendas.
BARTOLOMÉ: Y Dios, pues que Dios y hombre
en los cielos vive y reina,
de donde vivos y muertos
vendrá a juzgar.

Cae el DEMONIO a los pies de BARTOLOMÉ

DEMONIO: ¡Cesa, cesa!
Que ya sé que hombre y Dios
está sentado a la diestra
del padre, hasta que por fuego
a juzgar el siglo venga.
BARTOLOMÉ: Pues si tú mismo, tú mismo
lo publicas y confiesas,
después que mudo en la estatua
quedaste por mi obediencia,
ella postrada también
a mi voz caiga y descienda;
no tenga altares estatua
que manda Dios que perezca.

Húndese el altar con el ídolo y se descubre LIRÓN

LIRÓN: Cierto que so desgraciado
dios, por do bajar quijera;
pero echaréme a rodar,
y de su mano me tenga
el dios que esté más a mano.

Échase a rodar, y vase

CEUSIS: ¡Que esto los cielos consientan!
TODOS: ¡Viva Cristo! ¡Cristo viva!
BARTOLOMÉ: Viendo, Señor, tus grandezas,
tus maravillas y asombros,
¿quién no se rinde y sujeta?
DEMONIO: Ni me sujeto ni rindo,
Bartolomé, pues me queda
otra viva estatua en quien
puedo hacerte mayor guerra
que la que me has hecho. Dueño
soy de Irene; y así de ella
no podrás echarme, pues
posesión me dio ella mesma.

BARTOLOMÉ: Tú no pudiste adquirir
posesión segura y cierta
de Irene, cuyo albedrío
puede mejorar la senda.
DEMONIO: Ya, mediante la justicia,
es mía, y tengo licencia
de Dios para que del pacto
así el castigo padezca.
BARTOLOMÉ: Aunque la dé su justicia,
la quitará su clemencia.
DEMONIO: En tanto podré en su pecho
mover bandos, armar guerras,
pervertir buenos intentos,
alentar acciones fieras,
sembrar cizañas y errores.
BARTOLOMÉ: No tanto bien te prometas,
pues sabes que sus secretos
te ponen unas cadenas
a que siempre estés atado.
DEMONIO: Tal vez podré, aunque ellas sean
las cadenas del demonio,
quebrantarlas y romperlas.

TERCER ACTO

Sale el REY, y un CRIADO, quien trae en una fuente una púrpura y un cetro

REY: ¿Llamaste ya al extranjero,
como mandé?
CRIADO 1: Sí, señor.

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: Y yo, a tu voz obediente,
humilde a tus pies estoy.
REY: Alza del suelo, a mis brazos
llega, y oye la razón
que a llamarte me ha movido.
BARTOLOMÉ: Para que sepas que estoy
capaz de ella, ¿quieres tú
que a ti te la diga yo?
REY: ¿Cómo puedes tú saber
mi oculta imaginación?
BARTOLOMÉ: Como esos favores debo
a la piedad de mi Dios.
REY: Di.
BARTOLOMÉ: Destruyendo las aras
de tu falsa adoración,
cayó en tierra hecho pedazos
el ídolo de Astarot.
Alborotóse tu pueblo
y, con despecho y furor,
como si tuvieran culpa,
los sacerdotes hirió
de tu templo, cuyo estrago
pasara a incendio mayor,
si Irene, tu hija, tomando
de los ídolos la acción,
no se pusiera delante,
cuyo respeto y temor
bastó a parar el tumulto,
pero a deshacerle no.
Ceusis, siguiendo de aquella
parcialidad el error,
en defensa de sus dioses,
al lado de Irene, dio
aliento a sus cobardías,
al tiempo que con mejor

acuerdo iba Licanoro
publicando al nuevo Dios.
Encontráronse los bandos.
¿Quién nunca hasta entonces vio
que a la vista de su rey
batalla se diese atroz,
donde era fuerza que fuese
con equívoca facción
el vencedor el vencido,
y el vencido el vencedor?
Irene, en medio de todos,
era el rayo, era el furor
de sus iras, cuando, al tiempo
que ya uno y otro escuadrón
se embestían, los detuvo
lo tremendo de su voz.
"¡Ay infelice de mí!"
dijo, y rendida cayó
en la tierra, cuyo pasmo,
cuyo asombro, cuyo horror
suspenso dejó al amago
y absorta a la ejecución;
en cuya neutralidad
se ha conservado hasta hoy.
Retiráronla, y apenas
volvió en sí, cuando volvió
tan furiosa que no hay
lazo, cadena, prisión
que no rompa y despedace,
y con despecho y furor
delirios son cuantos dice,
locuras cuanto hace son.
Tú, viendo tu reino todo
en tan mísera aflicción,
tus dos sobrinos opuestos,
y loca Irene, estás hoy,
no sin causa, persuadido
a que ya el cielo cumplió
del hado las amenazas,
que fueron de su opresión
causa, pues por ella ha sido
todo llanto y confusión,
todo ruinas, todo muertes,
todo asombro, todo horror.
Y así me enviaste a llamar,
pareciéndote que yo
puedo remediar a un tiempo
su desdicha y tu dolor.

REY: Es verdad; de ti no más,
según admirado estoy
de oír los prodigios tuyos,
fiar quiero de mi pasión
la esperanza, y por ponerte
en mayor obligación,
quiero que en mi reino seas
mi privanza desde hoy,
y que, siendo muy amigos,
con más paz, con más amor
y más blandura me enseñes

la doctrina de tu Dios.

Salen CEUSIS y LICANORO por dos lados

LICANORO: (Cielos, ¿qué es esto que oigo?) **Aparte**
CEUSIS: (¿Qué es lo que mirando estoy?) **Aparte**
LICANORO: (¿El rey le habla afable?) **Aparte**
CEUSIS: (¿El rey **Aparte**
le honra?)
LICANORO: (¡Qué dicha!) **Aparte**
CEUSIS: (¡Qué horror!) **Aparte**
REY: Y así, en tanto que da el tiempo
a esta plática ocasión,
quiero que en mi corte seas
y en mis reinos otro yo,
y en muestra de la verdad,
estas insignias que son
púrpura, corona y cetro,
te ofrezco. De ellas dispón
a tu arbitrio y, desnudando
la túnica que vistió
tu humildad, aquesta real
púrpura viste.
BARTOLOMÉ: Eso no.
Los apóstoles de Cristo,
los discípulos de Dios
no a medrar, no a enriquecer
peregrinamos, señor;
a sólo adquirir venimos
almas; ellas solas son
nuestro triunfo, nuestro aplauso,
nuestra fama y nuestro honor.
Y así, con aquesta humilde
ropa más honrado estoy
y más galán que estuviera
con la púrpura mejor;
porque sé que es toda ella
majestad y ostentación,
vanidad de vanidades;
siendo la vida una flor
que con el sol amanece
y fallece con el sol.
LICANORO: (¡Qué generoso desprecio!) **Aparte**
CEUSIS: (¡Qué hipócrita pretensión!) **Aparte**
REY: Ya que la púrpura real
desprecias, por vencedor
de aquesta pasada lid,
ciñe el sacro laurel.
LICANORO: Yo
seré el primero que acuda
a servirte en esta acción.
CEUSIS: Yo el primero que a estorbarlo
acuda también; que no
es bien que un advenedizo
sea capaz de tanto honor.
LICANORO: Suelta, Ceusis, el laurel.
CEUSIS: Suéltale tú, pues mejor
estará en mis manos.

Cae

Pero
áspides en su valor
hay ocultos para mí.
LICANORO: Suelta, que para mí no.
BARTOLOMÉ: Es verdad; pues tú serás
quien le goce de los dos.
CEUSIS: Temiera tus profecías,
cuando mirándome estoy
a tus pies, si no creyera
que encantos tus obras son.

San BARTOLOMÉ alza a CEUSIS

BARTOLOMÉ: Levanta ahora del suelo,
sin apurar más razón
de que tú andas por caer
y por levantarte yo.
REY: Pues ¿cómo en presencia mía
os atrevéis...?
LICANORO: Yo, señor,
¿en qué te ofendo, si acudo
a tu misma pretensión?
CEUSIS: Menos te ofendo yo, pues
cuidando de tu opinión,
te estorbo acción tan indigna.
LICANORO: ¿Indigna llamas la acción
de honrar a quien nos ha dado
noticias de un solo Dios?
CEUSIS: Sí; pues de los demás dioses
viene a infamar el honor.
REY: No te opongas a mi gusto,
Ceusis; y tú, Licanoro,
el sacro laurel le ciñe
en nombre mío.
BARTOLOMÉ: Aunque estoy
al cielo reconocido
y agradecido al amor,
licencia de no admitirle
me has de dar; y porque no
pienses que esto es excusarme
de no servirte, te doy
la palabra de que a Irene
verás libre del furor
que la aflige y atormenta.

Sale IRENE furiosa

IRENE: Pues ¿qué poder tenéis vos
para darme a mí salud?
BARTOLOMÉ: El que me ha dado mi Dios.
IRENE: Mucho me huelgo de oír
que tan buen médico sois,
pero curad otros males

que tengan remedio, y no
el mío, que no le tiene
mientras que Dios fuere Dios.
REY: Extrañas locuras dice.
LICANORO: ¡Qué lástima, qué dolor!
IRENE: ¿Qué hay por acá, padre honrado?
¡Cuál vuestra imaginación
anda!
REY: Que estáis loca ahora
creo con más ocasión
porque dicen que verdades
dicen los locos.
IRENE: Pues yo
más para decir mentiras,
que no verdades, estoy.--
¿También los dos por acá
estáis? ¿Cómo va de amor?
LICANORO: Mal, viendo en ti mi desdicha.
CEUSIS: Bien, viendo en ti mi pasión.
IRENE: ¿Oís, buen viejo? Ved qué os digo;
estimad mucho a los dos;
mirad que entrambos me quieren
y a entrambos los quiero yo;
mas con una diferencia,
que a éste le quiero mejor
porque sé que éste es más mío;
pero es tal mi inclinación
que, por saber que éste está
seguro y aquéste no,
habéis de ver que a éste dejo
y tras esotro me voy.
LICANORO: ¡Que haya razón para celos
aun adonde no hay razón!
CEUSIS: Pues tome el favor quien sabe
que aun es locura el favor.
REY: De este delirio que ves
padece la sujeción;
y está ahora aun más templada
que otras veces; pues me dio
la palabra de librarla
tu verdad o tu valor,
duélete de ella y de mí.
BARTOLOMÉ: Dame tu amparo, mi Dios,
contra tu mismo enemigo.
CEUSIS: ¡Que se rinda tu valor
a tan loca confïanza!
LICANORO: Si obra el cielo, ¿por qué no
quieres que alcance victoria?
BARTOLOMÉ: ¿Podré en tu nombre, Señor,
entrar en esta lid?

Dentro MÚSICA

MÚSICA: Sí.
BARTOLOMÉ: ¿Vencerá el demonio?
MÚSICA: No.
BARTOLOMÉ: Luego en esta confianza
que me da tu inspiración,

bien podré atreverme.
MÚSICA: Bien.
BARTOLOMÉ: ¿Quién será en mi ayuda?
MÚSICA: Dios.
BARTOLOMÉ: Pues si Él me ayuda, ¿qué temo?--
¡Irene, Irene!
IRENE: A tu voz
otra yo dentro de mí
parece que estremeció
mis sentidos. ¿Qué me quieres?
Que el verte me da temor.
BARTOLOMÉ: Que en este báculo adores
la cruz que en él está.
IRENE: ¿Yo?
¿Yo adorar en un madero
que es del hombre redención,
de Dios la figura, habiendo
no adorado al mismo Dios?
BARTOLOMÉ: Ya el torpe espíritu de
su lengua se apoderó
y habla en ella.
IRENE: ¡Quita, quita!
Y no te me acerques, no,
si no quieres que, arrancando
pedazos del corazón
de esta infelice mujer,
te los tire.
REY: Ya volvió
a su furiosa locura.
LICANORO: ¡Qué lástima, qué dolor!
IRENE: ¡Huid todos, huïd de mí!
REY: ¡Tenedla!
LICANORO: Es tal su furor
que no es posible.
BARTOLOMÉ: Sí es.
CEUSIS: ¿Quién será bastante?
BARTOLOMÉ: Yo.--
Rebelde espíritu que,
por divina permisión,
este sujeto atormentas,
da la humilde adoración
a aquesta sagrada insignia.
IRENE: No quiero; y pues en mejor
estatua asisto ¿qué quieres?
Déjame, en mi centro estoy;
pues es centro del demonio
el pecho del pecador.
Déjame, Bartolomé,
déjame en mi posesión.
BARTOLOMÉ: Tú no pudiste adquirirla.
IRENE: Sí puedo; ella me la dio
en vida, en muerte y en alma
y en cuerpo.
BARTOLOMÉ: Todo es de Dios,
y no pudo enajenarlo.
IRENE: Sí pudo, puesto que usó
de su albedrío.
BARTOLOMÉ: También
usa de él para el perdón.

IRENE: No le pide.
BARTOLOMÉ: Sí le pide.
IRENE: Ni le ha de pedir; que yo
la embargaré los alientos.
REY: ¿Quién tan nuevo caso vio
que hable ella y no sea ella?
BARTOLOMÉ: En el nombre del Señor
te mando que te retires
a la extremidad menor
de un cabello, y libre dejes
lengua, alma, discurso y voz.
IRENE: ¡Ah, con qué poder me mandas!
BARTOLOMÉ: ¡Irene!
IRENE: ¿Quién llama?
BARTOLOMÉ: Yo.
¿Cómo te sientes, señora?
IRENE: Siéntome mucho mejor;
que parece que me falta
un áspid del corazón.
BARTOLOMÉ: ¿A quién el alma y la vida
has ofrecido?
IRENE: A Astarot
la ofrecí, cuando ignoraba
los prodigios de tu Dios.
BARTOLOMÉ: ¿No te pesa?
IRENE: Sí me pesa;
mas no me arrepiento, no;
que no puedo arrepentirme
de ningún delito yo.
BARTOLOMÉ: Tarde volviste a ocupar
el instrumento veloz
de su lengua.
IRENE: Nunca tardo.
Asiento y lugar me dio
la lengua de la mujer,
si yo la mentira soy.
CEUSIS: Ya a su primer fuerza vuelve.
Miren si convaleció.
BARTOLOMÉ: Supuesto que ya no es tuyo
después que se arrepintió,
de este cuerpo miserable
deja la dura opresión.
IRENE: Quita, quita aquesa cruz;
que ya me voy, ya me voy
a la cumbre de aquel monte,
desde donde mi furor
trastornará sus peñascos
sobre toda esta región.
BARTOLOMÉ: Sin hacer daño ninguno
en desierto, en población,
en personas, en ganados,
en mies, en fruto ni en flor,
desampara esta criatura.
IRENE: Ya te obedezco, pues no
puedo romper las cadenas
que por ti me pone Dios.--
¡Ay infelice de mí!
REY: Muerta en la tierra cayó.
LICANORO: ¡Qué lástima!

CEUSIS: Mira ahora
si encantos sus obras son.
LICANORO: ¡Gran señora! ¡Prima! ¡Irene!
IRENE: ¿Quién me llama? ¿Dónde estoy?
¡Qué de cosas han pasado
por mí! ¿No estaba ahora yo
animando los parciales
de los bandos de Astarot?
REY: Ya ha muchos días que eso,
Irene, te sucedió.
IRENE: Luego ¿he vivido sin mí
todo ese tiempo? ¡Oh qué error
tan grande ha sido ignorar
tanta verdad hasta hoy
de otra nueva ley! Supuesto
que se ha cumplido en lo atroz
de mi vida, en lo piadoso
se cumpla. Cristo es el Dios
verdadero.
REY: ¡Cristo viva!
Yo le ofrezco adoración.
LICANORO: Yo templo y aras.

Vase

IRENE: Yo altares
y sacrificios.
CEUSIS: Yo no,
sino rayo desde aquí
ser de su persecución.
REY: Ven tú conmigo, y al punto
se dé en mi corte un pregón
que muera por traidor quien
no dijere en alta voz,
"Cristo es el Dios verdadero,
Cristo es verdadero Dios."

Vanse todos menos CEUSIS

CEUSIS: ¡Cielo! ¿qué es esto que escucho?
Mas celos diré mejor,
supuesto que cielo y celos
mis dos enemigos son.
Saldréme al campo a dar voces
a solas con mi dolor.
¡Que pueda tanto un encanto!
Pues ¿no bastó, no bastó
deshacer los simulacros
de mi antigua religión
sino quitarme también
la esperanza de mi amor?
¿Qué venganza mi tormento,
qué castigo mi dolor
tomará de este tirano?
¿Quién le dará a mi rencor
alivio? ¿Quién me dirá
cómo he de vengarme?

Dentro el DEMONIO

DEMONIO: Yo.
CEUSIS: Errada voz que los vientos
discurres y con veloz
acento me atemorizas,
¿qué es del cuerpo de esta voz?
¿De esto que yo te dije eres
sombra acaso o ilusión
de mi ciega fantasía?
¿Tú, qué me respondes?
DEMONIO: No.

Aparece el DEMONIO atado con una cadena

CEUSIS: Pues ¿dónde estás?
DEMONIO: En el centro
de aqueste peñasco estoy.
CEUSIS: Deja, deja el duro espacio
de esa lóbrega prisión.
DEMONIO: No puedo; que aprisionado
con una cadena atroz
de fuego que me atormenta
me miro; y así...
CEUSIS: ¡Qué horror!
DEMONIO: Acércate a mí, pues que
a ti no me acerco yo.
CEUSIS: No pudiéndose extender
tu corta jurisdicción,
¿puedes ayudarme?
DEMONIO: Sí;
porque tiene el pecador
en su albedrío tal vez
más ancha la permisión
que yo, pues puede acercarse
él a mí, pero yo a él no.
CEUSIS: Pues, siendo así, yo me acerco.
¿Quién eres?
DEMONIO: Decir quién soy
no importa; basta saber
que soy quien a tu dolor
puede dar alivio.
CEUSIS: ¿Cómo?
DEMONIO: Oye atento.
CEUSIS: Ya lo estoy.
DEMONIO: En el reino de Astiages
están foragidos hoy
algunos de los ministros
de Astarot. Ve allá y dispón
tu venganza y su venganza.
Y, para poder mejor,
harás que a llamar le envíe
tu padre, a tu persuasión,
a este galileo, diciendo
que sus prodigios oyó,

y que quiere que en la corte
se admita su religión;
y, en yendo allá, dadle muerte,
con que cesará el error
de sus encantos, volviendo
a su antigua adoración
los dioses, y tú podrás,
desenojado Astarot,
gozar a Irene.

CEUSIS: Bien dices.
¡Oh quién pudiera veloz
cortar el aire!

DEMONIO: Yo haré
que a tu corte llegues hoy.

CEUSIS: ¿Cómo?

DEMONIO: Toma aquesa antorcha;
que con ella exhalación
serás del viento.

CEUSIS: ¡Ay de ti,
Bartolomé! Que ya voy,
rayo contra ti flechado,
a ser tu persecución!

Toma una hacha encendida y vuela

DEMONIO: Pues para que en todo sea
igual nuestra oposición,
ya que no puedo seguirle,
porque encarcelado estoy,
música también se escuche,
diciendo en sonora voz,
a pesar del cielo...

Cantan

DEMONIO y MÚSICA: ¡Viva
el ídolo de Astarot!

DEMONIO: Aunque no esper[e] jamás
de que libre me veré,
¿dónde estás, Bartolomé?
¿Bartolomé, dónde estás?

Ven a desatarme, ven
de aquesta cadena dura,
para que pueda tomar
venganza de mis injurias.
¿Qué aplauso te desvanece,
qué vencimiento te ilustra
si peleas sin contrario
y sin enemigo luchas?
Atadas mis manos tienes
con el poder de que usa
Dios contigo; señal es
de cuánto temes mi furia.
Si no la temieras, no
te valieras de su justa

piedad; luego vence en ti,
no el valor, sino la industria.
Justifique Dios su causa
conmigo, y no me reduzca
a estrecha prisión, si hacer
pretende tu fama augusta.
Desate de mi garganta
este lazo que la anuda,
y entonces será victoria;
que, donde tuve mi suma
idolatría, sus aras
coloques y sostituyas.
Pero ¿qué voces ahora,
para más pena, se escuchan?

Dentro la MÚSICA. Cantan

MÚSICA: ¡Ay qué gran dicha!
Mas ¡ay qué ventura!
Que el iris divino
la paz nos anuncia.
DEMONIO: ¡Oh cuánto, cielos, oh cuánto
debéis de temer la lucha
última de los dos, pues
tanto--¡ay de mí!--lo rehusan
vuestras piedades! Si así
estoy, ¿qué mucho presuma
Bartolomé que hoy Armenia
a su nueva luz reduzca?
Desáteme Dios, verá
si son sus victorias muchas,
o alárgueme esta cadena,
si de verme vencer gusta.
Pero ¿qué miro? Parece
que a mi petición sus duras
argollas eslabonadas
se rompen, para que huya
de esta provincia, por más
que en ella la sombra impura
de mi error asiste, pues
ya el arco de paz la alumbra.
Y, pues Dios me da licencia
para que libre discurra,
yo haré que Bartolomé
no dilate más la suma
ley del Evangelio, dando
fin con la muerte que busca
a sus triunfos y victorias
con mis engaños y astucias.
Y, pues que ya en mi prisión
empezaron sus venturas,
en mi libertad comiencen
las persecuciones suyas.--

Vase. Sale por otra parte

¡Ah del ínclito seno

que tanta gente esconde,
víbora racional de mi veneno!
¿Todos me oyen y nadie me responde?
¿Tan poco el fuego de mi voz inflama?
¡Ah del monte otra vez!

Salen CEUSIS, el SACERDOTE y gente

SACERDOTE: ¿Quién va?
CEUSIS: ¿Quién llama?
DEMONIO: Quien viene desterrado
hoy de su patria bella,
porque a Cristo adorar no quiso en ella.
CEUSIS: Mal mis designios graves
te ocultaré, supuesto que los sabes.
Yo, rayo desatado
de gran mano, llegué donde, avisado
mi padre de sucesos tan extraños,
me dio palabra de enmendar sus daños.
A su hermano escribió que le enviara
a ese monstruo, porque comunicara
a su reino la luz de su doctrina
tan nueva, tan extraña y peregrina.
DEMONIO: Pues ya ha llegado el día,
Ceusis, de tu venganza y de la mía;
que, habiendo consagrado
los templos y la gente bautizado,
ya del rey despedido,
su reino deja, sin haber querido
que nadie le acompañe,
para que más su hipocresía le engañe.
A pie y solo camina
a tu corte--¡ay de mí!--donde imagina
sembrar de sus encantos
los sustos, los asombros, los espantos.
Mas ya llega. A este paso
todos os retirad, porque, si acaso
nos ve, puede ayudarse
de sus mágicas ciencias y ocultarse.

SACERDOTE: Dices bien.

Todos se retiran

DEMONIO: Pues yo llego,
hielo mis plantas son, mi pecho fuego.

Sale San BARTOLOMÉ

BARTOLOMÉ: ¡Felice yo que puedo
ver desde aquí, sin que me cause miedo,
de Astarot el engaño,
reducido y en salvo aquel rebaño!
¡Oh cuánto, Armenia bella,
debes a las piedades de tu estrella!
DEMONIO: (¡Con cuánto gusto va! Fervor le lleva; **Aparte**

pero primero que de aquí se mueva,
probará los rigores de mi saña.)
Oh tú, que aquesta bárbara montaña
discurres peregrino,
¿no me dirás por dónde es el camino?

BARTOLOMÉ: Sí diré; que mi celo
es enseñar caminos para el cielo.
¿Cuándo no andas perdido
tú, infelice?

DEMONIO: Luego ¿hasme conocido?

BARTOLOMÉ: Sí; pues que vengo ahora a hacerte guerra
y arrojarte también de aquesta tierra.

DEMONIO: No harás; que ahora sin miedo
te tengo yo donde vencerte puedo.

BARTOLOMÉ: ¿Tú vencer? ¿De qué suerte?

DEMONIO: De esta suerte;
llegad todos, llegad a darle muerte;
porque a mí irme conviene
a repetir la posesión de Irene.

Vase

BARTOLOMÉ: Si la fe vive en ella,
yo acudiré en ausencia a defendella.

Salen CEUSIS, el SACERDOTE y gente

CEUSIS: A tus plantas rendido
un acaso me tuvo, y ha querido
desagraviar el cielo injurias tantas,
trayéndote a que estés puesto a mis plantas.

BARTOLOMÉ: Sí; mas es con alguna
diferencia ese trueco de fortuna;
que tu soberbia altiva
fue allí la que a mis plantas te derriba,
y aquí, para que más mi triunfo arguyas,
es humildad quien me arrojó a las tuyas.

CEUSIS: Venid donde serán los justos cielos
testigos de mi celo y de mis celos.

BARTOLOMÉ: De nada desconfío.
Beber tu caliz ofrecí, Dios mío,
el fuego del amor que el pecho labra;
feliz voy a cumplirte la palabra.

Vanse. Sale LICANORO

LICANORO: En notable soledad
Bartolomé nos dejó;
mas el ver que le ausentó
el celo, amor y piedad
de llevar su nueva ley
a mi patria hacer pudiera
que yo consuelo tuviera.
¡Oh si ya mi padre el rey
admitiese esta verdad!
Al punto escribirle iré

en favor suyo, porqué
no quiere mi voluntad
que yo me aleje de aquí
un punto, sin que primero
a Irene vea, a quien quiero
más que al alma que la di.

Córrese una cortina, y aparece IRENE en un estrado dormida

Pero en su estrado dormida
está. ¡Ay, dulce hermoso dueño!
¿Quién sino tú hacer al sueño
pudo imagen de la vida?
No para ser homicida
de indicios hagas crisol;
y pues basta un arrebol
de tu cielo soberano,
¿para qué es, amor tirano,
tanta flecha y tanto sol?
Si, cuando sin alma estás,
estás, Irene, tan bella,
tú no vives más con ella,
mas con ella matas más.
Inútil muerte me das,
ya es tuyo mi corazón;
pues ¿para qué, Irene, son
nevando abriles y mayos,
tanta munición de rayos
y tanto severo arpón?

Lástima se me hace, cuando
tan blandamente descansa,
inquietarla. Ya vendré,
en escribiendo las cartas.

Vase y despierta IRENE

IRENE: ¿Quién anda aquí? Mas ¿mi esposo
no es quien salió de esta sala?
Pues ¿cómo--¡ay Dios!--sin hablarme
vuelve a mi amor las espaldas?
¡Esposo, señor, mi dueño!

Sale el DEMONIO

DEMONIO: ¿Qué me quieres?
IRENE: ¡Pena extraña!

Sale LICANORO, y quédase al paño

LICANORO: A la voz de Irene vuelvo.
Mas--¡ay de mí!--¿con quién habla?
DEMONIO: De ti pretendo saber

a quién, enemiga, llamas
señor y dueño que puedas
llamárselo con más causa?
IRENE: A quien lo es.
DEMONIO: Yo lo soy,
pues me diste la palabra
de que siempre serías mía.
LICANORO: (¡Cielos! ¿Qué escucho? ¡Ah, tirana!) **Aparte**
IRENE: Verdad es que te ofrecí
que te daría vida y alma
si me dabas libertad;
mas de esa deuda me saca
la nueva ley que profeso.
LICANORO: (Ella--¡desdicha tirana!-- **Aparte**
confiesa que le rindió
alma y vida.)
DEMONIO: En vano hallas
respuesta, pues aun lo mismo
que te disculpa te agravia.
¿Qué nueva ley pudo hacerte
no ser mía?
LICANORO: (Honor, ¿qué aguardas? **Aparte**
Mas--¡ay de mí!--que en tal pena
valor al valor le falta.)
IRENE: La ley de Bartolomé,
en cuya fe y confïanza
estoy de aquel pacto libre.
DEMONIO: ¡Calla, no prosigas, calla,
que ésta es la hora que a él
le rompen y despedazan
los verdugos de Astiages
el corazón, las entrañas,
viva imagen de la muerte!
Pues el pellejo le rasgan,
hasta que el sangriento filo
le divida la garganta.
¡Mira para tu socorro
si tienes buena esperanza!
LICANORO: (¡Cielos! ¿Otro dolor? Pues **Aparte**
el de los celos ¿no basta?)
DEMONIO: ¿No fuiste mía?
LICANORO: (¡Qué pena! **Aparte**
Mas ¿qué mi paciencia aguarda?)
¡Injusto, tirano dueño
de mi vida, honor y fama,
muere a mis manos!
DEMONIO: ¡Al cielo
pluguiera que fuera tanta
mi dicha que yo pudiera
morir! Mas ya que no alcanzan
victoria de esta mujer
por ahora mis venganzas,
dejarla en el ciego, el loco
poder de un celoso basta.

Vase

LICANORO: ¿Adónde de mi furor,

hombre o demonio, te escapas?
¿Eres de mis celos sombra?
IRENE: ¡Esposo, señor!
LICANORO: ¡Aparta!
Que tu amor y tu respeto,
u otra más oculta causa
que ignoro, en prisión del hielo
mis pies y mis manos ata,
para no darte la muerte.
IRENE: Pues ¿en qué te ofendo?
LICANORO: ¡Ah ingrata!
Si antiguo dueño tenías,
a quien la vida y el alma
ofreciste antes que a mí,
¿para qué, traidora, falsa,
ofendiste tanto amor,
burlaste fineza tanta?
IRENE: Verdad es...
LICANORO: ¿Que aun no lo niegas?
IRENE: ...que yo...
LICANORO: ¿Qué aun no lo recatas?
IRENE: ...ofrecí al dios de Astarot
alma y vida.
LICANORO: Calla, calla;
que el dios de Astarot no tiene
poder ya en vida ni en alma
para venirte a pedir
celos de mí. Tú me engañas.
IRENE: Verdad, Licanoro, digo.
Y si el irse--¡ay Dios!--no basta
de aquí invisible, daré
otro testigo que haga
más fe en mi crédito.
LICANORO: ¿Quién?
IRENE: Bartolomé, a cuya instancia
estoy de aquel pacto libre.
LICANORO: ¿No has escuchado, tirana,
que mi padre--¡ah dura pena!--
le dio muerte? En vano trazas
valerte de su noticia
tan aprisa.
IRENE: Mi fe es tanta
que aun muerto he de esperar
que tus dudas satisfaga.
LICANORO: ¿Cómo es posible, si ya
la cólera me desata
las manos, para que tome
de tus agravios venganza?
¡Muere pues!
IRENE: ¡Bartolomé,
tu amparo y favor me valga!

Saca LICANORO la espada y, al ir a herirla, cantan dentro y él se suspende

MÚSICA: *"A quien con fe le llama,*
siempre socorre y nunca desampara."

LICANORO: ¿Qué voces mi acción suspenden?
IRENE: Las que mi inocencia guardan.

Salen el REY, LESBIA, LIRÓN, un CRIADO y otro criados

REY: ¿Qué música es ésta, cielos,
que suspende y arrebata
los sentidos?
CRIADO: Todo el aire
se puebla de luces claras.
REY: Licanoro, ¿contra quién
desnuda traéis la espada?
LICANORO: Contra mí mismo primero
que contra quien la sacaba,
oyendo estas voces.
REY: Luego
¿oísteis las músicas varias?
LICANORO: Sí, señor. Y no eso sólo
nos admira y nos espanta,
sino el ver que allí una nube
hojas de púrpura y nácar
despliega, y un trono en ella,
sobre cuya ardiente basa,
triunfante Bartolomé,
los coros el viento rasgan.
Roja púrpura se viste,
y un monstruo trae a sus plantas,
a quien con una cadena
aprisionado acompaña.
Aladas divinas voces
dicen en cláusulas blandas...

MÚSICA: *"A quien con fe le llama,*
siempre socorre y nunca desampara."

En un trono se descubre BARTOLOMÉ, que trae al DEMONIO a los pies

BARTOLOMÉ: Feliz imperio de Armenia,
no sólo vuelvo a tu patria
en alas de serafines,
para que sepas la rara
crueldad que conmigo usaron,
habiéndome hecho mudara,
como culebra, el pellejo,
con ira y cólera extraña,
sino también para que
vivas, en mi confïanza,
seguro de que esta fiera,
que atada traigo a mis plantas,
no perturbará tu paz.
Éste es...
DEMONIO: Yo lo diré, calla;
porque quiero que me sirvan
de veneno mis palabras.
Yo soy el dios de Astarot,

yo el que tuvo vuestra patria
idólatra tantos años,
dándome adoración falsa.
De esta esclavitud el cielo
hoy por Bartolomé os saca,
alumbrándoos en la ley
evangélica de gracia.
Irene, que un tiempo fue
de mis engaños esclava,
ya está libre. Mas ¿qué mucho
que ella y todo el mundo salga
de mi esclavitud, si el cielo
con estas cadenas ata
mis fuerzas, dando poder
a su apóstol de cortarlas?

BARTOLOMÉ: Con esta declaración
pública que has hecho, baja
al abismo, mientras yo
a esferas subo más altas.

DEMONIO: Abra, para recibirme,
el infierno sus gargantas.

Húndese

BARTOLOMÉ: Y a mí sus puertas el cielo,
para recibir mi alma.

Vuela

REY: ¿Quién, a tan grandes prodigios,
no le rinde al cielo gracias?

LICANORO: ¿A quién quedarán recelos,
viendo verdades tan claras?

LESBIA: ¿Y quién, viendo que en su mano
Bartolomé santo enlaza
las cadenas del demonio,
contra él no le invoca y llama?
Dando fin a esta comedia,
perdonad sus muchas faltas.

FIN DE LA COMEDIA